

Sobre la crisis mundial, Marx y Keynes. Algunos comentarios pertinentes

Pablo Rieznik

Universidad de Buenos Aires - Instituto de Investigaciones Gino Germani
rieznik2002@yahoo.com.ar

Resumen

Al momento de ingresar en el quinto año de una crisis capitalista sin precedentes, las tendencias a un nuevo colapso del sistema financiero se presentan apenas como la punta del "iceberg" de una bancarrota generalizada. Esto, a pesar de una inyección monumental de recursos, equivalentes a un cuarto del producto mundial para intentar mantener a flote la deteriorada nave del mercado mundial capitalista. El remedio "keynesiano", una expresión que debe ser precisada, ha fracasado. En todo caso, los intentos por combinar el análisis marxista y los planteos del economista inglés en el sitio común de la "heterodoxia" carecen de todo rigor. Un abordaje de la cuestión es el objeto de este texto.

Todo ha sido dicho, pero como nadie escucha, es necesario recomenzar

André Gide

Marx tenía razón, el capitalismo puede autodestruirse

Nouriel Roubini

A principios de agosto de 2011, al momento de escribir las líneas que siguen, la crisis capitalista mundial ingresa en su quinto año. Estalló a mediados de 2007, cuando se declararon en quiebra dos importantes fondos de inversión aplicados a la especulación con activos inmobiliarios. Fue el detonante que arrastró a Wall Street a un emblemático derrumbe de las cotizaciones de los valores negociados en la principal bolsa del mundo. Y fue apenas el principio de un terremoto que alcanzó su apogeo el 15 de setiembre del año siguiente —el 2008, el día en que fue declarada la bancarrota de uno de los mayores bancos de inversión norteamericanos: Lehman Brothers. Era la punta del iceberg, porque lo que quedó planteado entonces fue la situación de emergencia del sistema financiero internacional, al borde de una quiebra generalizada.¹

El establishment mundial se debatió entonces entre el expediente de una nacionalización extendida de la banca para intentar mantener en pie la actividad económica semi-paralizada o su rescate formal mediante una inyección monumental de dinero y subsidios que evitara un colapso terminal. El monto de los recursos utilizados para este fin se estima en una magnitud equivalente a la totalidad de la producción anual de los EE.UU., del orden de los 15 billones de dólares (trillones en la contabilidad anglosajona), una cuarta parte aproximadamente del producto bruto mundial, una cantidad sin precedentes en la historia previa del capitalismo y un indicador, entre otros, de la dimensión también sin precedentes del tsunami que sacude al capitalismo global.

El estallido de la crisis financiera fue seguido por una depresión económica de alcances igualmente planetarios. Las economías más desarrolladas registraron una caída superior al 3% en 2009 luego de haberse estancado durante el año anterior. En los primeros meses de la crisis el desplome de los mercados bursátiles y de la producción industrial llegaba a registros superiores a los alcanzados en la peor crisis de la economía capitalista hasta entonces, la de 1929.

A diferencia de aquélla, sin embargo, los analistas consideraron entonces prácticamente por unanimidad que el curso ulterior del derrumbe —que en la década de 1930 se prolongó en un tobogán ininterrumpido por muchos años—, esta vez sería limitado por el masivo rescate financiero que se había evitado setenta años atrás. De hecho, a fines de 2009, se declaraba oficialmente el fin de la recesión. En 2010 los números que evidencian el movimiento de la actividad económica volvieron a mostrar un moderado crecimiento y las ganancias de las corporaciones capitalistas parecían remontar.

No era un oasis...

Fue sólo un espejismo y demasiado costoso si se tiene en cuenta la escala monumental de los fondos aplicados en la operación para mantener en pie a la gran banca. Los datos que se mostraban para probar que la marcha hacia el abismo se había detenido e incluso revertido eran, además, engañosos. En realidad los bancos no habían salido, ni salieron todavía, de la situación de falencia, disimulada apenas por manejos de lo que se llama “contabilidad creativa” para sobreestimar el valor de activos incobrables y devaluados. Por eso mismo los indicadores de la actividad económica se encontraban también distorsionados, del mismo modo que las ganancias corporativas que se presentaban en las cuentas nacionales. Las cifras de la economía “real”, tales como el nivel de empleo, el volumen del crédito o la inversión, para citar las más significativas, mostraban para el que quisiera verlo que no se recuperaron nunca del sacudón. Las cifras de la caída de la producción en 2009, por otra parte, están siendo recalculadas en estos momentos, revelando que habían sido subestimadas.

La supuesta recuperación de la recesión a partir de la segunda mitad del año 2009 reposaba, además, en el relanzamiento de una actividad especulativa enorme, con límites que rápidamente se pondrían de relieve y que, por sobre todas las cosas, reproducían el mismo mecanismo que había conducido al estallido de la llamada “burbuja” inmobiliaria de 2007, cuando los precios de las viviendas comenzaron a bajar, las tasas de interés a subir y los deudores privados comenzaron a ingresar en masa a la fila de la cesación de pagos de sus hipotecas, arrastrando así a los fondos montados a caballo de estas últimas. Fue una bola de nieve que barrió todo a su paso, liquidando un negocio ficticio que se apoyaba en una hipertrofia del endeudamiento para sostener la sobreproducción de casas, edificios y urbanizaciones.

Fue apenas el comienzo porque: muerta la burbuja, ¡viva la burbuja! Fue otra ola de hiperdeuda la que se creó. Pero no para rescatar a las víctimas sino a los victimarios: los bancos y compañías financieras golpeadas por el vendaval. A partir de 2008 se infló entonces un nuevo endeudamiento aunque esta vez sobre las espaldas de las finanzas públicas y también en una dimensión homérica, según los datos expuestos más arriba. Su estallido fue más rápido aún y es el terreno en el que se desenvuelve la crisis ahora, poniendo en acto la quiebra de las economías de países y regiones enteras. El caso más notorio fue el de Grecia —pero también Islandia, Irlanda y antes los países bálticos— que, desde hace más de un año, se desarrolla penosamente como la crónica de un default anunciado, que no cesa de expandirse entre las naciones integrantes del viejo continente.

El default “nacional”, en los términos que acabamos de indicar, no sólo es el terreno emblemático de la nueva fase de la crisis que afecta a los eslabones más débiles de la cadena de la economía globalizada. Es el fenómeno que domina las vicisitudes de la crisis en la actualidad, *urbi et orbe*. Es por eso más que sintomático el hecho de que este quinto año de la crisis haya debutado con el rimbombante problema del default del gobierno norteamericano. Como es sabido, la declaración formal de cesación de pagos fue evitada formalmente con la autorización legislativa pactada entre el gobierno de Obama y los opositores del partido republicano para elevar el nivel de endeudamiento público estatal. Como, por otra parte, los Estados Unidos detentan el poder de gestión de la moneda que sigue funcionando como dinero mundial, no pocos especialistas esti-

maron que el llamado default era un montaje artificial. La cuestión clave en este punto se referiría no tanto al dominio de la economía como al de la política, en particular, a la desarticulación que evidencia el régimen de mando de la primera potencia mundial y a su manifestación en las disputas en torno al presupuesto entre diversos intereses capitalistas. Esto último es innegable pero precisamente porque el centro de la crisis económica mundial son, precisamente, los Estados Unidos de América.

Un oportuno análisis sobre este tema (Altamira, 2011) indica acertadamente al respecto que, si se lo examina con rigor, debe concluirse que la cesación de pagos de la deuda de los Estados Unidos es un hecho que se evidencia desde mucho tiempo atrás. Sucede que la administración norteamericana ha dejado de pagar su deuda pública desde hace bastante tiempo, algo que se oculta en el hecho de que se limitan a renovarla con... más deuda, incrementando así explosivamente su valor. La causa principal de este crecimiento es la acumulación de intereses que se pagan con la emisión de deuda nueva. La tasa de ese crecimiento de la deuda supera la del PBI: por eso ha pasado en el curso de los últimos cuatro años de representar el 62% del producto al 100% en la actualidad. De modo que cuando se dice que Estados Unidos podría incurrir en default, se oculta que ya lo ha hecho. La potencia capitalista más importante del mundo se encuentra en cesación de pagos.

Lo que acabamos de señalar se verifica en el hecho de que valor de su deuda en el mercado no tiene nada que ver con la realidad. Su valor nominal, siempre creciente, disimula una estrepitosa caída de su valor real, que no es otra cosa que una expresión de la desvalorización del dólar, la moneda que se usa como referencia mundial. Si se valuara la deuda norteamericana en términos de francos suizos, ni qué decir en términos de la cotización del oro, quedaría claro que ya ha sufrido una desvalorización suficiente como para ser declarada deuda basura o en default. La deuda pública norteamericana vale, en términos de oro, el 12% —un 88% menos— de lo que valía en 2005. Esto cuando la deuda pública federal ha crecido vertiginosamente en los últimos años hasta alcanzar los 14 billones de dólares —un ciento por ciento del PBI— y cuando el déficit fiscal del ejercicio 2011 supera el 10% de ese producto, en las cercanías de los dos billones de dólares. El cómputo de la deuda pública, por otra parte, no incluye a los estados de la Unión y a los municipios —muchos de los cuales, entre ellos el estado de California, ha dejado de pagar sus cuentas en dólares para hacerlo en una suerte de moneda local, un certificado denominado IOU.

Analogía defectuosa (historia)

Es cierto que también en la crisis iniciada en 1929, que aparece una y otra vez como punto de referencia para compararla con la actual, también el epicentro fueron los Estados Unidos, por lo cual no son pocos los estudiosos que estiman que el dato no es original y tampoco debería ser exagerado. No es sólo este dato el que se utiliza para comparar una y otra crisis. Es un ejercicio reiterado una y otra vez para examinar la situación actual. La analogía es normalmente utilizada para destacar características que las emparentarían (Rapoport y Brenta, 2010). Por ejemplo: que estuvieron precedidas por una hipertrofia especulativa descontrolada del capital financiero, que esa misma hipertrofia expresaba una sobreproducción en el ámbito de la economía llamada real,

que las autoridades económicas facilitaron y estimularon la espiral ascendente de la especulación, que fueron precedidas por un largo período previo marcado por una tendencia declinante de la tasa de ganancia del capital, que la distribución del ingreso se había incrementado notoriamente durante un amplio lapso previo provocando un hiato creciente entre la oferta y la demanda, etc.

De un modo general la reiterada apelación al antecedente de 1929, para ilustrar las características de la crisis actual, conduce a una interpretación de los hechos que se desdobra en dos conclusiones distintas aunque normalmente complementarias. La primera apunta de manera simplista a sugerir que, en definitiva, no hay nada nuevo bajo el sol; que “siempre que llovió paró”. Sería un escenario que conocemos hace mucho tiempo sobre la naturaleza del capitalismo y su tendencia a sucumbir en la misma medida en que prueba su capacidad de renacer una y otra vez de sus cenizas, como una suerte de ave fénix renovada. Finalmente, se insinúa, tenemos hoy más capitalismo que siete décadas atrás. La segunda conclusión habitual explícita que, partiendo del planteo que acabamos de señalar, la similitud entre ambas crisis, con setenta años de diferencia, permite aprovechar las lecciones de la primera y evitar los errores de entonces. En este caso el ave fénix podría remontar vuelo a condición de que podamos aprender de la experiencia y apliquemos los remedios que corresponden. El *mainstream* en este campo es el que pretende inscribirse en la deriva de una supuesta nueva era inaugurada por John Maynard Keynes. Esto porque el economista inglés habría elaborado el corpus teórico capaz de legitimar la intervención estatal allí donde la mano invisible (?) del mercado se muestra impotente. Era hasta entonces el credo oficial dominante en la materia.

El principal defecto de las “lecturas” en términos comparativos de las grandes crisis capitalistas del último siglo es la completa ausencia del elemento histórico en el análisis. Algo que es imprescindible para caracterizarlas así como para apreciar los eventuales vínculos que se trazan entre Marx y Keynes al intentar comprenderlas. Por eso conviene detenerse en este punto antes de continuar.

El capitalismo es un modo de producción históricamente condicionado, lo cual significa que la ley de su “movimiento” debe entenderse como aquello que explica las circunstancias de su origen, su desarrollo en plenitud y su ulterior e inevitable decadencia. Importa enfatizar que esto constituye el elemento esencial de la contribución de Marx a la comprensión de la naturaleza de la sociedad moderna. No en vano indicó que la economía clásica suponía que “hubo historia pero ya no la hay”. La historia, según los clásicos, habría sido cancelada con la irrupción de la organización social capitalista que representaría el punto de llegada del hombre a un sistema de organización social que correspondería a su misma esencia como especie. Claro que admitir lo contrario significaría plantear que el capitalismo está condenado al agotamiento e, inclusive a la desaparición como una forma más de los modos históricos de existencia que marcan la evolución de la humanidad.

El marxismo como abordaje científico de las contradicciones inherentes al capitalismo es indisociable de una teoría sobre el inevitable colapso de la forma de organización social. Una realidad que debe verificarse empíricamente como resultado de su devenir histórico. Es una suerte de petición de principios del autor de *El Capital* en torno a la cual se desarrolló su labor teórica y práctica como un todo. Su planteo de un socialismo “científico” tiene como piedra de toque este punto decisivo porque pretendía abordar la cons-

trucción de una nueva sociedad en los términos del derrumbe de la vieja, la que no podía superar precisamente sus límites históricos y estaba condenada a declinar de un modo irreversible. Ya cuando escribe el Manifiesto Comunista, en 1848, Marx considera que el capitalismo, habiendo llegado a su apogeo planteaba, por eso mismo y sólo por eso, la transición a un orden social superior, cuyo punto de partida sería la revolución proletaria.

Engels planteará muchos años más tarde que el pronóstico se había adelantado a su tiempo, sin cuestionar, naturalmente, el carácter del abordaje histórico general. El coautor del *Manifiesto Comunista* vivía aun cuando se produjo, a partir de los años setenta del siglo XIX, lo que se considera la “Gran Depresión”, la gran crisis capitalista que se extendió por dos décadas hasta el umbral del siglo XX y que los sucesores de Marx consideraron que era la bisagra que marcaba el debut de una fase definitiva de decadencia capitalista y el principio práctico de aquella transición planteada por Marx en el *Manifiesto*, la que tomaron en sus manos los bolcheviques en 1917.²

Lo que importa destacar metodológicamente ahora es que el marxismo es esencialmente una teoría del derrumbe inevitable del orden capitalista y de la periodización histórica a la cual se encuentra asociado.³ Un esquema de periodización histórica sobre la curva de la evolución del capitalismo como un todo puede reconocerse en la obra de Hobsbawm, en su trilogía sobre la sociedad moderna (*La era de la revolución, La era del capital, La era del imperio*) que responde al esquema clásico según la cual el siglo XX marcaría la fase de decadencia capitalista. Un trabajo publicado poco tiempo atrás intenta identificar algunas de las características de este proceso autodestructivo del capital en la contracción creciente del mercado mundial —sustituido por el intercambio no mercantil en el seno de las grandes corporaciones o inclusive entre ellas—, en la disminución observada más recientemente de la proporción del comercio mundial con relación al producto mundial, en el debilitamiento de la inversión extranjera en el mercado global, en el desplazamiento de contingentes crecientes de la población del espacio del intercambio mercantil capitalista, en la disminución de la fuerza de trabajo que se procesa también en el período más reciente y en la creciente dificultad para la transformación de dinero en capital, que ha dado lugar al incremento sin precedentes de capital ficticio como base de la actual hipertrofia financiera de la economía mundial (Piqueras, 2011).

Una cuestión de método

Al abordar la cuestión de la decadencia capitalista es preciso evitar la tendencia “economicista” a examinarla con criterios limitados a lo puramente cuantitativo que, *in extremis*, se limitaría a considerar la evolución del Producto Bruto como registro privilegiado de la vitalidad del capital. Pero este registro es completamente insuficiente porque excluye lo fundamental. Es evidente que si se desarrolla la industria metalúrgica o se construye un ferrocarril el producto y la actividad económica crecen en la estadística de la contabilidad nacional. Pero también crece el producto del mismo modo si se expande la manufactura de armas de guerra o se desarrolla la industria del turismo sexual —algo que es más que una metáfora porque hay países del sudeste asiático en los cuales tal industria es parte significativa de la “actividad económica”. En ambos casos, puesto que se trata de economía capitalista, se trata por supuesto de la explotación del trabajo ajeno,

pero no es difícil asociar la primera variante a un proceso de expansión de las fuerzas productivas y la segunda a expresiones propias del pasaje a un régimen de destrucción de fuerzas productivas. Alguien tan alejado del marxismo como Robert Kennedy planteó la cuestión con toda claridad en el contexto de una grave crisis en su país:

Nuestro PIB suma en su cálculo la contaminación atmosférica, la publicidad del tabaco y las ambulancias que van a recoger a los heridos de nuestras autopistas. Registra los costes de los sistemas de seguridad que instalamos para proteger nuestros hogares y las cárceles en las que encerramos a los que logran irrumpir en ellos. Crece con la destrucción de nuestros bosques de secuoyas y su sustitución por urbanizaciones caóticas y descontroladas. Incluye la producción de napalm, armas nucleares y vehículos blindados que utiliza nuestra policía antidisturbios para reprimir los estallidos de descontento urbano. Recoge [...] los programas de televisión que ensalzan la violencia con el fin de vender juguetes a los niños. En cambio, el PIB no refleja la salud de nuestros hijos, la calidad de nuestra educación ni el grado de diversión de nuestros juegos. No mide la belleza de nuestra poesía ni la solidez de nuestros matrimonios. No se preocupa de evaluar la calidad de nuestros debates políticos ni la integridad de nuestros representantes. No toma en consideración nuestro valor, sabiduría o cultura. Nada dice de nuestra compasión ni de la dedicación a nuestro país. En una palabra: el PIB lo mide todo excepto lo que hace que valga la pena vivir la vida (1968).

El conjunto de consideraciones hasta aquí planteadas basta para ilustrar por qué en el examen de la crisis actual no es suficiente evaluar la magnitud de las quiebras en curso, las cifras relativas a la marcha de la actividad económica, las cotizaciones en las bolsas, la dinámica del mercado mundial o inclusive su extensión territorial en un mercado mundial capitalista globalizado. Es imprescindible tener en cuenta todo ello pero, por sobre todas las cosas, apreciar el lugar de esta crisis en la dinámica más general del capitalismo contemporáneo. La actual es la cuarta gran crisis capitalista si se considera como la primera la ya mencionada Gran Depresión de finales del siglo XIX. La segunda es la que corresponde a la iniciada a finales de los años 20 del siglo pasado. La tercera es la que se incubaba a partir de finales de los años 60 y encuentra su punto culminante en 1975. La cuarta es la que vivimos ahora en tiempo real y a la cual ni siquiera es riguroso fijarle un principio en el 2007. Es más acertado indicar su inicio a fines de la década de la década de 1990, cuando se derrumbaron los países que se llamaban “tigres asiáticos”, se produjo el default de Rusia y se derrumbaron los mercados bursátiles mientras se agotaba la especulación en torno a las empresas denominadas puntocom y se producían quiebras emblemáticas en la economía norteamericana (Enron, Worldcom)

En otro texto (Rieznik, 2010) hemos desarrollado el significado de este largo proceso. Señalemos aquí que cada una de estas crisis marcó una fase histórica particular de amplia duración, signada por cataclismos sociales y económicos de gran envergadura. Sin entrar en detalles recordemos que las dos primeras fueron seguidas de dos guerras mundiales que mostraron hasta el paroxismo las lacras de la civilización capitalista y un escenario de revoluciones que condujeron a la expropiación del capital en una parte decisiva del globo. La tercera fue continuada por lo que Robert Brenner (2009) popularizó en sus importantes trabajos como el “largo declive” para identificar el desempeño siempre declinante del capitalismo en las décadas siguientes.

Lo que importa puntualizar, por sobre todo, es que la crisis actual sobreviene luego de que el capital emprendiera una suerte de ofensiva general en el intento de superar las condiciones de su alto grado de decadencia con una empresa de alcances gigantescos

dirigida a acentuar la explotación al interior de sus propias ciudadelas, a una recolonización de la periferia y, decisivamente, a rematar el proceso de quiebra de los regímenes burocráticos del llamado Este europeo y también de China abriendo sus mercados a un proceso de restauración cuya amplitud es imposible disminuir. En estas condiciones el lugar único de la crisis actual es el que corresponde al estallido del intento más profundo y extendido del capitalismo por revertir las condiciones de su propio agotamiento, cuando en las apariencias había establecido una suerte de victoria definitiva luego de un siglo de largas y diversas batallas. La crisis presente contiene en sí todos los elementos del desarrollo histórico previo y los proyecta en un escenario de colapso, cuyas consecuencias catastróficas aún están lejos de expresarse de una manera acabada.

Keynes, ¿revolucionario?

Lo que señalamos hasta aquí basta para apuntar lo que importa para este artículo, llamado a considerar los vínculos entre Marx y Keynes, porque pone de relieve de entrada la diferencia abismal de abordaje que los distancia. Es una diferencia que puede establecerse en términos de clase si se recuerda que el economista inglés admitió en una frecuentada afirmación: “no puedo permanecer insensible a lo que creo que es la justicia y el sentido común; pero la lucha de clases me hallará del lado de la burguesía ilustrada”. La obra de Keynes carece absolutamente de toda consideración significativa sobre la naturaleza histórica de la sociedad capitalista. Se ha querido ver en sus trabajos, aun así, una indagación innovadora sobre la incertidumbre del futuro y las posibilidades de la acción humana; lo que sería un punto de partida y fundamento de su crítica al planteo rígido y esquemático de la economía clásica, es decir, a su formulación de un mecanismo mercantil de relojería por medio del cual el tiempo pondría las cosas en su lugar y de la mejor forma posible. Pero, ¿cuánto tiempo? El célebre “a largo plazo estaremos todos muertos”, mediante lo cual expresaba Keynes sus dudas al respecto, es sin embargo, algo más que una impugnación elegante sobre certezas y temporalidades en el plano metafísico. Nos parece que interpela en otra dimensión, no explícita, el mundo de urgencias, cambiante y convulsionado del cual Keynes intentó dar cuenta. La muerte y el tiempo parecen aludir mejor, aunque sea como metáfora, a su momento histórico.

Keynes maduró su obra en dos décadas marcadas por la Gran Guerra, el ascenso del bolchevismo, la hiperinflación alemana, la debacle de la República de Weimar y la irrupción del nazismo y la hecatombe económica de 1929. Desarrolló su trabajo en las condiciones de un mundo que se desintegraba, en la declinación del imperio inglés y “bajo el impacto de la amenaza de la revolución” (Schwartz, 1987). Su obsesión por la política monetaria se vinculaba a una y otra cosa. Por un lado creía que la libra, asociada al patrón-oro, se encontraba sobrevaluada, constituyéndose en un factor decisivo que aceleraba el retroceso de Inglaterra en el mercado mundial. Por otro lado estimaba a la inflación como un instrumento “leninista” para la destrucción del capitalismo. Es cierto que en los meandros de su confusa reflexión teórica sobre nuestro tiempo puede iluminar aspectos interesantes de la política económica capitalista. Pero es un exabrupto elevar sus digresiones al nivel de un reconocimiento del supuesto concepto de “equilibrio” en la economía capitalista que habrían planteado... Lenin y Trotsky (Bach, 2009).

En una obra ya clásica publicada décadas atrás, Paul Mattick (1984) criticó con toda jus-

ticia el mote de “revolución” para dar cuenta de los planteos de Keynes. En primer lugar, por su pretensión de fundar la “macroeconomía” a través del estudio de los agregados económicos, que los neoclásicos y Alfred Marshall (maestro de Keynes) habían relegado al rincón de los trastos viejos. La “revolución” al respecto se había iniciado, sin embargo, doscientos años atrás, con el famoso cuadro económico de Quesnay, que establecía a su modo el metabolismo social de la producción y las clases involucradas en el mismo. Era el principio de la economía clásica que Keynes tanto denostaba y malentendía —al confundirla con la de los llamados marginalistas e inclusive con el propio Marx—.

En segundo lugar, uno de los puntos decisivos de la llamada “revolución keynesiana” — la crítica a la llamada “ley de Say”, según la cual los desajustes en el mercado son imposibles porque la realización de toda oferta es automáticamente la creación de una demanda equivalente— carece de mayor relevancia. Hasta un niño puede entender que en una economía mercantil alguien puede vender sin luego comprar y viceversa, de modo que la impugnación del fenómeno de un mercado que no se ajusta automáticamente con el crecimiento del producto no requiere demasiada ciencia, menos aún una dilucidación que se pretende “revolucionaria”. Marx, que fue muy cuidadoso en la elaboración crítica de los planteos de la economía clásica y sus emblemáticos representantes —Adam Smith, David Ricardo— consideró despectivamente a Say. No debía tomarse con seriedad, decía, a “este cómico príncipe de la ciencia” a quien se le adjudicaba “haber desenterrado el tesoro del equilibrio metafísico de las compras y las ventas” (Mattick, 1984).

En tercer lugar, se ha exagerado hasta el hartazgo el significado de la supuesta cuestión clave del análisis keynesiano sobre las crisis que serían el resultado de una quiebra en la demanda efectiva (suma del consumo y la inversión). Keynes consideraba que la caída de la demanda representaba una tendencia estructural del capitalismo, derivada de un hiato que tendía a reproducirse en forma recurrente entre el ahorro y la inversión. Una brecha que no podía ser resuelta sin la intervención del Estado como representante general del capital. Keynes pensaba que de este modo se estimularía también y decisivamente el consumo que tendía inevitablemente a declinar como proporción de la demanda total en la medida en que se expandía la actividad económica. Marx, sin embargo, no necesitó ni siquiera considerar la tautológica “demanda insolvente” para (no) explicar la tendencia del capital a una sobreproducción que, más que una explicación, es una tautología. Mientras Keynes explicó las crisis en términos de un defectuoso funcionamiento del mercado, el autor de *El Capital* explicó las consecuencias contradictorias y necesarias de su funcionamiento en plenitud. Es decir, demostró la irreversible tendencia del capital a encontrar sus propios límites y su necesaria decadencia en los términos de una dinámica “exitosa”, si se nos permite el despropósito.

Marx mostró, en el siglo anterior al de Keynes, que el capital tiende a encontrar una barrera absoluta que no puede remontar cuando eleva la productividad del trabajo, mediante la cual cada capitalista en particular tiende a sacar ventaja a sus competidores. No sólo crea así las condiciones para un deterioro de su propia rentabilidad —que decrece en proporción a la caída de la participación del trabajo en la inversión de capital como un todo—. El capital crea así las condiciones de una nueva manera de producir los medios de la vida humana en un sistema que desplaza al propio trabajo de su centro de gravedad. Con una producción crecientemente maquinizada o automatizada, el

capitalismo nos plantea el escenario de una forma de organización social que libere al hombre del yugo del trabajo como lo conoció a lo largo de la historia, o, para decirlo con palabras célebres, para pasar de la prehistoria a la historia auténticamente humana. El marxismo plantea no sólo la emancipación de los trabajadores de la explotación capitalista sino la emancipación de la especie humana de la esclavitud del trabajo obligatorio, necesario e imprescindible para asegurar su existencia (Rieznik, 2007) ¿No es posible ver en esto la distancia irreductible del alcance de la visión marxista y del enfoque keynesiano que las analogías superficiales tienden a negar?

Lo que se dijo

Contra una opinión que se ha generalizado con extrema superficialidad, no existe en Keynes ninguna teoría de la crisis que amerite una consideración rigurosa. En la medida en que la economía política —entendida en los términos de su formulación clásica y de la crítica marxista que al mismo tiempo tiende a trascenderla— sea apreciada como el desarrollo de una disciplina científica, el análisis de la crisis, de su naturaleza y significado, quedó establecido en sus fundamentos con el trabajo de Marx. La pretensión de una “revolución teórica”, asociada a la persona de Keynes, que permitiría ir más allá en la comprensión de lo esencial de las crisis capitalistas es, para decir lo menos, un equívoco. El lugar del keynesianismo debe encontrarse en otro ámbito, en los remedios que propone no tanto para evitar las crisis sino para limitar sus alcances y eventualmente revertirlas. Pero aún en este caso la historia debe precisarse.

Fue también Paul Mattick quien ya hace mucho tiempo hizo un interesante señalamiento al poner de relieve cómo se pasa olímpicamente por alto la evidencia de que la salida a la crisis de los años treinta se concretó, en verdad, aplicando una especie de “keynesianismo al revés”. Se refería a la conocida circunstancia de que no fue el llamado *new deal* rooseveltiano y las importantes medidas de intervención estatal de la época las que pudieron levantar la economía capitalista en la década de 1930. Fue la Segunda Guerra Mundial y la carnicería correspondiente y por una ruta opuesta a la sugerida por Keynes: no mediante un estímulo que recreara la propensión al consumo deteriorado sino a través de un “ahorro forzoso”, la destrucción masiva de capital y el disciplinamiento bélico de la masa trabajadora. Los límites ulteriores de la llamada economía keynesiana en los años que siguieron a Segunda Guerra fueron los que se expresaron en la crisis que hunde sus raíces en el final de los años sesenta y se prolongará en la década siguiente. El “neoliberalismo” no nació de un repollo sino del fracaso de aquellos remedios keynesianos. Del mismo modo que el llamado keynesianismo se presenta en la actualidad como una alternativa al derrumbe del... neoliberalismo. Claro que la versión actual del primero se parece mucho más a un socorro a los actores que protagonizaron el auge del segundo (las grandes corporaciones financieras).

Keynesianismo y neoliberalismo, en definitiva, se engendran mutuamente como expresión de la dinámica del ciclo económico y de sus crisis:

(las intervenciones estatales) no indican una tendencia reformadora en el capitalismo. Lo que revelan es que el sistema encuentra cada vez más difícil resolver los problemas capitalistas por medios estrictamente capitalistas. En una ideología capitalista consistente la “nueva economía” no significa éxito sino

fracaso. Sin duda las intervenciones gubernamentales pueden posponer o mitigar una crisis; pero la necesidad de tales intervenciones sólo es una prueba de la profundidad de la situación de crisis... En las condiciones del siglo XIX era relativamente fácil superar la sobreacumulación mediante crisis que afectaban en mayor o menor medida a todas las entidades de capital a nivel internacional. Pero al empezar este siglo se había alcanzado un punto en que la destrucción del capital mediante crisis y competencia ya no era suficiente para cambiar la estructura total del capital en dirección a una rentabilidad mayor. El ciclo económico como instrumento de acumulación había llegado aparentemente a su fin; o más bien el ciclo económico se convirtió en un ciclo de guerras mundiales. Aunque la situación puede explicarse políticamente, también era consecuencia del proceso de acumulación capitalista... En otras palabras, un capitalismo "sano" es un capitalismo estrictamente competitivo, y las imperfecciones de la competencia en las etapas primitivas y últimas de su desarrollo deben ser vistas como las enfermedades propias de un capitalismo senil. Pues un capitalismo que restringe la competencia no puede encontrar su regulación "indirecta" en los movimientos de precios y del mercado que derivan de las relaciones de valor en el proceso de producción.

Tenemos así una formulación que introduce muy claramente el elemento histórico de la evolución capitalista como el aspecto decisivo para apreciar el alcance y lugar específico de la crisis capitalista. Dicho de otra manera: es el contexto el que explica la naturaleza de la crisis y no al revés. Vale la pena tenerlo en cuenta para orientarnos en la convulsiva coyuntura de un derrumbe de la economía capitalista mundial como el que enfrentamos en la actualidad.

La pretensión de reformular la crítica de la economía política (clásica) mediante una suerte de fusión entre Marx y Keynes, alentada por la llamada izquierda de Cambridge y los planteos de un economista polaco (Kalecki) que se reclamaba del marxismo en la época stalinista, no debe ser abordada apenas desde el ángulo de la teoría económica sino considerando especialmente el ambiente político que la condiciona. Sea por la línea general de la dirección stalinista de compromiso y colaboración con las potencias capitalistas, en particular, en la segunda mitad del siglo pasado; sea por el rechazo al carácter burocrático y criminal de la cúpula encaramada en la cima del poder de la ex URSS, la tendencia a una aproximación a los planteos keynesianos tomó frecuentemente la forma de una tentativa por reconciliar a dos hombres que, probablemente, lo único que tuvieran en común fuera que uno murió en el mismo año en que el otro nació.

El Estado y la crisis, ahora

Reivindicar una filiación keynesiana para las diversas medidas que llevaron a una creciente intervención del Estado en los dispositivos de la actividad económica contemporánea es incorrecto. Keynes, en todo caso, se presenta como quien busca darle amparo en la tentativa de formulación *ex post* de una arquitectura teórica que procura sostenerla de modo racional. La intervención directa del Estado como una suerte de fuerza autónoma, representando los intereses más generales del capital, o de sus fracciones más decisivas, es anterior a Keynes: data de las primeras décadas del siglo pasado y aún de finales del siglo XIX, cuando el Estado de las grandes potencias se transforma en el ariete de la expansión imperialista.

El fenómeno se fue acentuando en la misma medida en que el capitalismo envejecido

requería diversas muletas para mantenerse. El New Deal también fue lanzado antes de que Keynes publicara su *Teoría General* y sin su intervención. En América Latina, algo similar queda planteado en los años treinta del siglo XX. Son los años conocidos en Argentina como los de la década infame, por la perpetuación de los fraudes electorales y la corruptela que caracterizaban a los gobiernos oligárquicos de la época. Fue entonces, cuando el joven economista Raúl Prebisch, futuro numen de la CEPAL, planteó una política de corte desarrollista, más tarde identificada con el legado de Keynes y que suponía el abandono de una política económica basada en el puro *laissez faire*. Prebisch volvió a tomar protagonismo con el golpe militar que en la década de 1950 derrocó al gobierno de Juan Domingo Perón, sin que esto obstara para que ya se presentara su figura como una especie de keynesianismo progresista que se elaboraba desde las particularidades propias de la periferia del mundo capitalista.

En los años sesenta, la convergencia eventual entre los planteos de Marx y Keynes sería el biombo bajo el cual una generación con vínculos con la academia se lanzó a la travesía de una conversión definitiva hacia las trincheras del orden establecido, con Fernando Henrique Cardoso como nave insignia de la flota. Cardoso muy tempranamente lanzó una tesis que declaraba que la “dependencia” no sería sinónimo de expoliación y sometimiento nacional sino el cuadro en el cual se podía también esperar un “desarrollo” compatible con la colaboración con las grandes corporaciones capitalistas y sus respectivos Estados (imperialismo). Algo que como sabemos trató de promover como una suerte de izquierda del neoliberalismo (?) y desde la cúpula del poder. Debe decirse que el engendro desarrolló su propia cría si se tiene en cuenta la continuidad entre la política económica del gobierno petista en funciones con posterioridad, hasta hoy. Ya hemos escrito sobre esto un buen tiempo atrás (Rieznik, 2000).

Habrá que agregar, por fin, que también en la presente crisis la tentativa de formular una variante de salida “heterodoxa”, que incluiría la admisión de la crisis con condimentos marxianos y una medicina de naturaleza keynesiana, al menos en lo que respecta a una intervención activa del Estado, resulta en un híbrido no menos inconsistente que en el pasado. Como hemos señalado en un principio la intervención de las autoridades ha tenido un alcance, al menos en términos de la magnitud de recursos involucrados, monumental. A pesar de esto sólo ha conseguido un respiro apenas transitorio, concluyendo en una recáida que puede ser todavía más grave que la de 2008; algo que acaba de admitir en este agosto de 2011 el presidente del Banco Mundial, lo cual exime de mayores comentarios. Los mercados bursátiles han entrado nuevamente en una caída cuyo final es difícil de prever. La desintegración de la Unión Europea es un hecho, si consideramos que algunos de sus países se han convertido en una suerte de protectorados semicoloniales de sus socios mayores y sin que esta alternativa haya frenado la tendencia a las bancarrotas que se extiende como una mancha de aceite.

Es cierto que entre los keynesianos más ortodoxos, en la medida en que sea posible hablar así —por ejemplo algunos de los planteos de Paul Krugman o Joseph Stiglitz—, se critica la política de medio camino adoptada hasta el momento, con iniciativas contradictorias y descoordinadas en el ámbito internacional y se propugna una expansión fiscal muy audaz y aún un ataque en regla a la banca y a la actividad especulativa. Pero algo de esto ya han hecho los *policy makers* en Estados Unidos y el déficit presupuestario sin freno marcha paralelo a una caída en el valor de la moneda que puede desatar una dislocación del sistema monetario mundial, algo que llevaría a una catastrófica dislocación del mercado mundial.

En el estadio actual del desarrollo financiero del capitalismo, el valor de una moneda lo determina la cotización de la deuda pública. La deuda norteamericana es el anteúltimo refugio del capital frente a la crisis; el refugio último, el oro, sería, precisamente por eso, el detonante de un derrumbe mayor, porque privaría a los Estados de los medios para financiarse. No es apenas esto porque, como también vimos, los representantes del capital tienen en agenda una eventual nacionalización del sistema financiero que constituye el sistema nervioso del mercado mundial. El asunto tiene su interés porque prueba que una medida tan extremista como ésta podría ser ensayada como parte del esfuerzo para salvar al capital de una hecatombe. Al mismo tiempo plantea el problema en términos sociales y políticos muy clarificadores. No se trata ya de nacionalizar o no, estatizar o no, considerando el punto en el limbo de una economía abstractamente concebida sino de precisar el “quién” y “el para qué”, que es lo que importa. O sea, si se procede a una variante de lo que podríamos llamar capitalismo de estado como línea de defensa para salvar al paciente en terapia intensiva o como transición a una planificación racional del metabolismo productivo bajo el control y la gestión de los productores, es decir, de los trabajadores.

Está claro ahora que el rescate capitalista al cual se lanzó la política dominante en los principales países en sus distintas formulaciones ha llevado el conflicto social a un punto en el cual se ha creado una situación de insurgencia, movilizaciones y luchas que constituyen el elemento novedoso de la crisis mundial en el período más reciente. Las huelgas han adquirido una dimensión inusual y extendida a pesar del inconcebible inmovilismo de sus liderazgos burocráticos y mientras se plantean “ajustes” económicos que conllevan a la liquidación en regla de conquistas seculares del movimiento obrero. En el mundo árabe la revolución en marcha se ha propagado con un vértigo sin igual conmoviendo regímenes de larguísima data, abriendo una nueva etapa de consecuencias duraderas y extendidas en el tiempo y el espacio. En la ciudadela israelí asistimos a las mayores manifestaciones de masas desde el nacimiento del estado sionista. El movimiento de los indignados parece el debut de una reacción tan novedosa como de amplitud que no reconoce fronteras.

Es cierto que el capitalismo ha llegado a una concentración tan enorme de los recursos económicos que podría salir de esta crisis con un gasto planificado gigantesco, que elevaría la producción y el movimiento comercial, y con ellos las finanzas públicas. El problema es que esos recursos están concentrados en manos privadas, que operan en función de sus propios intereses, y que el capital financiero ocupa la cúspide de esa concentración económica. Por eso, la salida del gasto impone la nacionalización, la usurpación de la propiedad capitalista por el Estado capitalista. En contra de esta tendencia, la crisis, por esto, ha propiciado el florecimiento de un mercado incendiario: el de los seguros contra default, que apuestan a que se produzca una cesación de pagos de los Estados, como si las compañías que venden esos seguros pudieran cumplir con los compromisos en el caso de un estallido (Altamira, 2011).

Nos encontramos en un punto de inflexión de la historia. La que Marx entendió. La que Keynes inútilmente busco corregir sin llegar a entenderla. Vale aquella alternativa que muchas veces cité en mis trabajos, actualizada por los acontecimientos actuales, la formulada por Rosa Luxemburgo casi un siglo atrás: socialismo o barbarie. Se trata de poner manos a la obra

Julio 2011

Notas

¹ Una versión de este artículo fue presentada en la V Jornada Internacional de Políticas Públicas, Universidade Federal de Maranhao, Brasil, 23 al 26 de agosto de 2011.

² En otro trabajo (Rieznik, 2007) hemos examinado las vicisitudes de ese proceso.

³ Una parte importante de la izquierda ha abandonado este punto de vista sin percatarse o ignorando con displicencia su completa incompatibilidad con el planteo marxista que a veces formalmente se sigue reivindicando. Ver, por ejemplo, Katz (2011).

Referencias

Altamira, Jorge (2011) "Los yanquis en defol", *Prensa Obrera* 1187, Buenos Aires 28 de julio de 2011.

Bach, Paula (2009) "Apuntes a propósito de Keynes, el marxismo...", en *Lucha de Clases*, número 9, Buenos Aires, junio.

Brenner, Robert (2009) *La economía de la turbulencia global*. Madrid: Akal.

Katz, Claudio (2011) "Etapa final o temprana del imperialismo", mimeo.

Piqueras, Andrés (2011) "Algunos Criterios para Calibrar la Decadencia del Sistema Capitalista", en *Observatorio de la crisis*, mayo. <www.observatoriodelacrisis.org>

Rapoport, Mario y Noemí Brenta (2010) *Las grandes crisis del capitalismo contemporáneo*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Rieznik, Pablo (2007) "En defensa del catastrofismo", ponencia en el 5º Coloquio Internacional Marx e Engels, organizado por el Centro Marx (CEMARX) en el Instituto de Filosofía e Ciencias Humanas de la Universidad de Campinas (UNICAMP), estado de Sao Paulo, Brasil.

Rieznik, Pablo (2007) *La formas del trabajo y la historia*. Buenos Aires: Biblos.

Rieznik, Pablo (2010) "Sobre el carácter histórico de la actual crisis mundial" en *En Defensa del Marxismo*, número 37, Buenos Aires, abril.

Rieznik, Pablo (2000) "Los intelectuales ante la crisis contemporánea (sobre la "intelligentsia" latinoamericana)" en ídem, *Marxismo y Sociedad*. Buenos Aires: Eudeba.

Schwartz, Gilson (1987) *Keynes*. Sao Paulo: Brasiliense.